



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11988

AÑO XXXIX

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 21 DE JUNIO DE 1891

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

OTRO INTENTO

No hay ministro de Hacienda que al considerar necesaria la exacción de nuevos tributos no se fije en la industria minera para exprimirle un poco.

Al Sr. Villaverde le ha pasado lo mismo; en presencia de los graves apuros por que pasa el Tesoro nacional, ha puesto sus ojos en dicha industria, y, lo que es peor, ha puesto en ella sus manos pecadoras.

En general, lo que desea es que contribuya con lo que debe, pues cree el ministro que en esa industria existe ociosidad. A descubrir la aspira el Sr. Villaverde y nadie debe censurarle por ello.

Pero de pasada le hace una caricia á la industria minera, gravándola en las dos formas en que contribuye: en el canon de superficie aumentándolo en cinco pesetas por hectárea para las minas de la primera sección y en el impuesto del producto bruto aumentando le un uno por ciento al dos que ya pagaba.

Donde el ministro de Hacienda ha estado cruel y se ha hecho digno de acerba censura, ha sido al gravar los productos mineros destinados á la exportación, ahí anda tan equivocado, que se expone, por querer forzar los ingresos, a matar una industria importante sin provecho ninguno para el Tesoro público.

Tal ocurre con el gravamen sobre los minerales de hierro que se exportan al extranjero, á los cuales impone el ministro ocho céntimos de peseta por cada unidad de cien kilogramos ó sea ochenta por cada tonelada.

Que ese gravamen es enormísimo no lo sabrá el Sr. Villaverde cuando lo ha pensado y lo ha creído justo y razonable; pero lo saben cuantos se dedican á la exportación de ese mineral, que constituy-

ye un negocio tan pobre, que no dejará utilidad bastante para hacer frente al impuesto.

Ya se pretendió gravarlo hace años y protestó contra el intento desde el obrero que se ocupaba en arrancar el hierro de la mina hasta el negociante que se dedicaba á embarcarlo para fuera; y tal clamoreo levantaron y tales razones adujeron en contra del gravamen, que al ministro se rindió á la evidencia y renunció al impuesto.

Seguramente ahora ocurrirá lo mismo. Ya se encargaran los representantes de las regiones mineras de probar al Sr. Villaverde que su propósito no es posible. Llevarlo á la práctica; sería tanto como firmar la sentencia de muerte de esa parte del negocio de minerales, que es muy pobre, pero mantiene a millares de trabajadores.

El negocio de minerales de hierro no puede pagar nada; es tan escaso respecto á utilidades que antes que pagar cualquier cantidad, por pequeña que sea, será preferible abandonarlo.

¿Y qué adelantaría con eso el Tesoro nacional?

TIJERETAZOS

La comidilla del día es los presupuestos del Sr. Villaverde.

Comida... no, al contrario, esos presupuestos son una especie de dieta á que nos quiere someter el ministro.

Los ministeriales los defienden y aun los aplauden, con reservas mentales.

Las oposiciones los combaten sin reserva ninguna.

Los contribuyentes... se dan por moribundos, porque no les deja renta sana ni utilidad intocable el señor Villaverde.

Lo más malo de esa obra del señor de Villaverde, es que sacrifica al infeliz contribuyente

sin que por ello el ministro logre que el país prospere. Y como era lo contrario lo que esperaba la gente, me parece que hacen bien los que fieros se revuelven, atacando el presupuesto del señor de Villaverde.

Dice El Globo:

«No nos hemos equivocado al anunciar que la opinión que parece alejada de toda obra política, concede preferente atención al problema económico.»

Es natural.

Como que se trata de una cuestión de vida ó muerte:

Comer ó no comer.

El ministro nos apremia imponiendo á todo tasa; si esa mala obra pasa vamos á morir de anemia.

Los fumadores están que trinan porque el Gobierno va á subir el tabaco.

¡Vaya un sobrepeso que van á tomar los huesos de aceituna, es; mas lo pescado, pelos y demás perquerías con que se fabrican los cigarrillos!

Un amigo me dió ayer uno de los de á real y le di dentro un alfiler, un terroncito de sal y un bocado de mujer. Y al repetir la fineza, hallé en el nuevo cigarro unos huesos de cereza, cierta cantidad de barro y de queso una corteza.

Lo que debía hacer el Gobierno con el tabaco era subirlo muy alto, hasta que se perdiera de vista.

La salud pública lo ganaría.

RACHA DE SANGRE

Tintas rojas manchan diaramente las columnas de la prensa, y, sin una tregua consoladora, desfilan ante los ojos de nuestra sociedad multitud de pechos apuñalados, cráneos abiertos á balazos y entrañas desgarradas por la mortífera é ignoble navaja.

Buscando el origen de esta procesión macabra, vamos á parar casi siempre al despojo amoroso, á los celos, al drama pasional, al anhelo lúbrico no satisfecho, á ese estúpido deseo de pro-

piedad sexual que todo lo arrolla y por todo salta, como si la vida entera del hombre estuviese reducida á un momento de exaltación nerviosa y horriblemente placentera.

Esta degeneración del sentimiento amoroso, este extravío físico y moral á la paz, tiene, por desgracia, una causa suficientemente explicable en la enrarecida atmósfera que nos envuelve intelectualmente, en la carencia de ideas, y en la escasa intervención de los que subsisten, siempre que de aplicarlos á la vida real se trate.

La completa y glacial indiferencia por las cuestiones religiosas y políticas, el eclecticismo y el justo medio, la tendencia á evitar todo lo que pueda parecerse á una extrema tendencia de partido, el predominio del pesimismo humorista respecto de aquello que caiga dentro de la rojones de lo ideal, son otras tantas válvulas corradas que impiden los desahogos de los temperamentos que necesitan algo más del pienso diario para vivir.

El autor, pues, se lleva todos los apasionamientos, todas las fogosidades, que como no acuden más que en un sentido, en una dirección, llevan á él la fuerza devastadora que todo lo mata y seca: cual el caballo de Atila.

La hipocresía con que se profesan las creencias religiosas y morales, hacen impotentes contra el mal al sacerdote y al filósofo; la misérrima idea de la dignidad humana que se tiene generalmente, obligan al hombre á arrastrarse en busca de caricias negadas; y el instinto salvaje, presentándose como guapeza, anula la inteligencia, pretendiendo conseguir con el terror y el castigo lo que nace de la ofusión de las almas, de la Naturaleza amante de sí misma.

¡La guapeza! Maldecida plaga social que nos aniquila, consumiendo á los miembros de este pueblo, como un fuego infernal... ¡guapeza! resto de aquel valor legendario, incapaz hoy de luchar por algo grande, valor pequeño, rastreo, que empleado en mujeres, contra ellas y por su causa, es femenino en su origen, por su fin y hasta por su desarrollo.

La fuerza varonil, aquella que latió en tantos siglos de lucha contra antiguos y modernos, orientales y occidentales, ¡salvajes insultos y salvajes civilizados—que salvajes son todos

los que guerrean—en tanto combate sostenido por el mundo entero, que hizo exclamar al poeta,

no hay un puñado de tierra
sin una tumba española,
nos ha dejado la costumbre de matar y de morir con horrible estofismo; pero esta costumbre, al empujarnos política y militarmente, ha degenerado del heroísmo nacional á un instintivo y atávico deseo de sangre.

En todas las clases sociales existen esos guapos para quienes la vida propia y ajena es cuestión de un pique, de un desafío, de una mirada.

¿El remedio? No está actualmente en condiciones de ser aplicado por nosotros. El día que se abra un camino lleno de luz y de esperanzas para la patria, nos libraremos de esos primones horrendos y estúpidos al propio tiempo. Mientras el horizonte sea negro, mientras las energías sociales no tengan más empleo que el peculiar, sin que algo divino y esplendente las ilumine, continuará esa racha de sangre criminalmente vertida por lograr una satisfacción bestial y mecánica comparada con el sublime triunfo del amor logrado por su belleza propia, por su armónico esplendor y por su fisiológico y humano impulso.

Madrid 17 Junio 90.

CURIOSIDADES



Urna en cerámica

descubierta en 1835 cerca de Pezonas

Existía entre los antiguos gran variedad en la forma de las urnas destinadas á conservar las cenizas de sus muertos y en muchos museos de Europa en-

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

359

corte. Las intrigas se cruzan, los ambiciosos hierven, los traidores y los espiones están en todas partes; es necesario escaparse de ellos, ocultarse; hé aquí la razón de mis citas con la princesa; de estas citas secretas en un lugar apartado y solitario; no una razón de amor, sino una razón de Estado.

—Me parece, señor, que en todas partes hay espiones, hasta en este apartado y solitario lugar; dijo doña Esperanza, levantándose, yendo á la puerta y mirando la habitación anterior al retrete en que se encontraban.

Nada vió; pero á través de otra puerta, oyó el leve roce de un traje de seda.

Fué á aquella puerta y la cerró. No había llave; á falta de ella puso delante de la puerta cerrada un sillón; sobre aquel sillón otro, que debía caer si la puerta era empujada. Volvió junto al rey.

—Ya no escuchará nadie á vuestra majestad, dijo yo viendo á sentarse.

—¿Pues qué, nos escuchaban? dijo cuidadoso el rey.

—Si señor.

—¿Estais segura de ello?

—Segurísima.

—Desde el lugar donde estais colocada se ve la habitación inmediata; ¿habeis visto algo?

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 358

tección, sino el precio vergonzoso de una venta indigna.

Felipe V, aturdido, asombrado por la inusitada energía, por la ruda y audaz soberbia de doña Esperanza, guardó silencio durante algunos segundos, y permaneció con la mirada, absorto en la belleza de doña Esperanza, engrandecida por la expresión de la cólera.

—Sois un tesoro, señora, dijo al fin, y yo odio lo que soy.

—¿Contaría con esto la princesa? dijo severamente doña Esperanza.

—¿Qué decís?

—Digo que vos, que vuestra majestad ama á la princesa, que la princesa tiene celos de alguna dama enemiga suya, y me toma á mí por pretexto y por medio para la venganza de sus celos.

El rey se aturdió mas y mas. Aquello se iba haciendo demasiado pesado para él; y sin embargo, á cada momento le fascinaba mas doña Esperanza.

—Suponeis unas cosas terribles, dijo. Yo no amo á la princesa, ni la princesa me ama de la manera que vos suponéis. Es una súbdita leal; una gran mujer de Estado; el alma de mi gobierno, la reina la ama mas que yo. En mi amor hacia ella hay algo de egoísmo, esta es la verdad. Vos no conocéis la

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

355

—¡Pchs! y bien: todo consiste en que yo digo lo que siento, lo que oen, lo que veo, sobre todo cuando se me pregunta.

—¡Ah! y vos sentís, creéis, veis en mi presencia aquí una cita con la princesa de los Ursinos.

—Vuestra majestad me ha dicho que la princesa le ha enviado á esperarla aquí.

—¡Oh! ¿quó me ha enviado? Decididamente, señora, no conocéis la corte.

—Veo con sentimiento que disgusta á vuestra majestad. No sé hablar de otro modo, y atento que vuestra majestad se disgusta.

—¡Bah! ¡bah! hablémos de otra cosa, señora: ¿quién sois? ¿á qué familia pertenecéis?

—Parece, según me han dicho, y según consta de un documento que ayer me entregaron, que pertenecéis á la familia del almirante de Castilla.

—¿Qué, no sabiais á qué familia perteneciais hasta ayer?

—Estaba engañada: yo me creía hija legítima de Diego de Ayala, que fué camarero del señor rey don Carlos II, y de su mujer doña María de Rojas.

—¿Y vuestro nombre?

—Esperanza.

—Doña Esperanza de Ayala!